

JIMÉNEZ AGUILAR, Francisco, *Masculinidades en vertical: género, nación y trabajo en el primer franquismo*, Publicacions Universitat de València, Valencia, 2023, 326 pp.

La historia de las masculinidades ha sido un terreno poco explorado en España hasta las últimas dos décadas. Las mayores pioneras en ello fueron Nerea Aresti y Mary Vincent, a través de las cuales se ha ido abriendo paso a una nueva rama de la historiografía, la cual nos permite establecer un análisis más certero acerca de los modelos y roles de género que se han ido desarrollando en la España contemporánea.

Más recientemente han ido apareciendo trabajos interesantes que han trabajado la historia de las masculinidades desde diversas perspectivas, como en el caso de las investigaciones de Darina Martykanova, Alejandro Camino y Marie Walin, que han tratado de sistematizar y complejizar su funcionamiento a través de varios modelos de clasificación y su relación con otras identidades. Son también ejemplo de ello las investigaciones de Inmaculada Blasco, Gemma Torres y Xavier Andreu, que aúnan los estudios de masculinidades con los análisis sobre la nación o el catolicismo; o los de Ángel Alcalde y Zira Box, que lo analizan junto a sus vínculos al franquismo y al fascismo español. Sin embargo, la historiografía sigue teniendo una deuda pendiente con el estudio de las masculinidades en España, o en cualquiera de las regiones del Estado, puesto que, salvo estos análisis, su estudio ha sido más bien tangencial. Son prueba de ello los trabajos sobre honor masculino de Raquel Sánchez y Elia Blanco, el análisis del donjuanismo de Javier Díez Freire o los estudios de Jorge Uría a sobre la taberna y el fútbol.

En este sentido, la investigación inédita de Jiménez Aguilar da un paso firme para afianzar estos estudios en España, a través de un monográfico que pretende analizar los modelos y tipos de masculinidad que se dieron durante el primer franquismo, bebiendo de varios de estos referentes previos para así trabajar sobre «género, nación y trabajo» en este periodo.

La tesis principal del autor defiende que existió durante el primer franquismo una pluralidad de masculinidades que nos permiten circunscribirnos a un tipo ideal. Así, Jiménez Aguilar nos presenta varios tipos y modelos de masculinidades dominantes, que fueron desarrollándose a lo largo de los veintitrés años de recorrido, las cuales estaban fomentadas por el propio aparato dictatorial. Se afirma que el tipo de masculinidad dominante en la guerra y la inmediata posguerra fue el del monje-soldado, que poco a poco fue relegando su papel a una masculinidad marcada por reconocimiento del mérito en el trabajo en los últimos años del primer franquismo. Asimismo, se deja cierto espacio en el monográfico al rol femenino en el mundo del trabajo, en paralelo a una mayor implicación de los hombres en los deberes de crianza de los hijos a partir de los años cincuenta.

El libro se divide en cuatro grandes capítulos. Los tres primeros están dedicados a la evolución de modelos y tipos de masculinidad a lo largo del primer franquismo, mientras que el cuarto capítulo aborda los vínculos entre las relaciones de género y el mundo del trabajo y la familia.

En el primer capítulo, el autor desgrana los orígenes de la «masculinidad marcial» dominante, estudiando cómo el discurso sobre el monje-soldado hundía sus raíces en la experiencia africanista y en las culturas políticas contrarrevolucionarias de la II República. La guerra civil permitió moldearla a través de la experiencia bélica para así definirla en torno a tres atributos: el ultranacionalismo, el catolicismo y la violencia, y también a través de una serie de modelos o referentes históricos como podían ser Viriato, Don Pelayo y el Cid, entre otros. A ello se le sumaba el contramodelo del soldado republicano «cobarde y asesino», al que se le dotaba por parte de los partidarios de la sublevación de caracteres animales o de «desviación sexual». Por otro lado, se señala la importancia de la masculinidad en la retaguardia, caracterizada como subordinada, que ensalzaba la disciplina, la fuerza e incluso las proporciones estéticas del trabajador, y a través de la cual se sustentaba la economía de guerra.

En el segundo capítulo, se retoma el análisis de ambos tipos de masculinidad, tanto la dominante marcial, como la protectora asociada al trabajo, durante la inmediata posguerra. Para ello, Jiménez Aguilar relata cómo poco a poco el modelo dominante va dejando paso al protector como masculinidad hegemónica, sobre todo a raíz del final de la Segunda Guerra Mundial y de la implementación de la autarquía. Los modelos que rigieron este segundo tipo de masculinidad se dividieron en tres grandes figuras: el empresario, el campesino y el obrero; los cuales también estaban definidos en torno a contramodelos como eran las figuras de los especuladores, los vagos y los «tibios», aquellos hombres que no se posicionaban políticamente.

En el tercer capítulo, Jiménez Aguilar describe cómo el periodo de transición entre fascismo y desarrollismo condiciona en gran medida los discursos acerca de la masculinidad en pro de la modernización de la economía y de la sociedad española. Para ello, el autor ratifica el desplome del modelo marcial, que solo pervive a través de la figura del monje: el sacerdote nacionalcatólico arraigado a la sociedad de los años cincuenta. Mientras que la masculinidad trabajadora vive su mayor esplendor, sobre todo a través de la figura del empresario como motor de cambio económico y social.

El último capítulo permite abordar cómo el trabajo pasó a ser un atributo central en la cultura del sistema franquista, lo que también trastocó los discursos acerca de los roles de género en el entorno doméstico. Para ello, se señala la relevancia que tuvo el trabajo femenino desde el primer franquismo, cuyas experiencias permitieron un posterior reconocimiento tímido de sus derechos frente a la idea de «domesticidad unívoca» que pregonaba el régimen. A ello se sumarían discursos que abogaban por que los hombres adquirieran un mayor peso en

la crianza de los niños, algo especialmente reclamado por los sectores femeninos falangistas.

El uso de una gran variedad documental de fuentes es uno de los tantos a destacar del autor, quien para su estudio ha trabajado con revistas de carácter político, periódicos, libros de carácter popular, manuales escolares, así como otro tipo de productos culturales a los que se hace referencia: películas, canciones, imágenes, etc. Por otro lado, partiendo de la base de que este estudio es predominantemente discursivo, sería interesante conocer hasta qué punto estos modelos y tipos de masculinidad fueron capaces de calar en la sociedad de la época. En el libro se menciona brevemente cómo los discursos de domesticidad no concordaban con un mercado laboral femenino en pleno desarrollo. Sin embargo, no pasa lo mismo con el principal objeto de estudio, las masculinidades, teniendo muy pocas pistas acerca de la recepción de estos discursos. En sintonía con esto, también se echa de menos el estudio de prácticas o discursos sobre masculinidad que pudieran venir «desde abajo», pese a que el autor reconoce su fijación en las masculinidades dominantes. Como conclusión, podemos afirmar que el análisis de Jiménez Aguilar es ambicioso y consigue detectar una serie de cambios alrededor de las masculinidades hegemónicas en el primer franquismo, demostrando su pluralidad, y abriendo una serie de interrogantes y nuevos retos que tanto él como otros y otras investigadoras deberán afrontar en un futuro, esperemos que próximo.

*Pablo de Mora de Fuentes*